

muy querida, se relaciona, y me satisfacen los esfuerzos que he podido hacer y que deberé seguir haciendo por su mejoramiento.

Los de vosotros que habéis sido mis discípulos lo sabéis.

He terminado.

## DISCURSO DE CONTESTACION

Por el Dr. LUIS A. URBANEJA

1941

*Señor Presidente de la Academia, señores académicos:*

Es con la más profunda satisfacción que cumplo el honroso encargo de la Academia de dar la bienvenida al ingresar a su seno el Dr. Alberto Smith, comisión ésta que a mí, más que a ningún otro tiene que ser grata, ya que tuve la buena suerte de ser discípulo del Dr. Smith en la época en que con tanto brillo regentaba en nuestra ilustre Universidad Central las cátedras de Filosofía y de Física. En el ejercicio de esta última perduró por no menos de veinte y nueve años y siempre fue reconocido el Dr. Smith por la varias generaciones de sus discípulos como un gran profesor en el más completo sentido de la palabra, ya que hacía sobremanera interesante la exposición sabia de la materia con sus animadas explicaciones, transmitiendo a sus alumnos su propio entusiasmo y devoción por la ciencia, sin cuyo estímulo resulta fácilmente la enseñanza letra muerta en la mente de los alumnos.

Era el Dr. Smith en esa época ingeniero de múltiple actividad profesional, escritor, conferencista científico y a veces Ministro del Ejecutivo, llevando además una activa vida social, y nada le impidió nunca atender a cabalidad y con el mayor interés sus cátedras universitarias.

“La importancia del estudio de la historia de las ciencias” es el tema de la disertación del Dr. Smith, en la cual nos traza con brillantes pinceladas un cuadro sobremanera interesante y vivo de la evolución histórica de las ciencias físicas, y de hechos culminantes de sus hombres insignes. Sombras de algunas pequeñeces en esos hombres aparecen en el cuadro por momentos, pero ellas, no obstante, contribuyen a dar mayor vida a su interesante exposición.

Advierte el Dr. Smith que ciertos párrafos de su discurso pueden parecer extemporáneos, o postizos, en la ocasión, mas, en ellos admite el Dr. Smith ciertas apreciaciones respecto al progreso humano y sus consecuencias las cuales me considero obligado a comentar y rebatir.

“Nada ha sido más lento que el progreso humano”, dice el Dr. Smith. Lentitud que fue de grado máximo en el primer período de la existencia del hombre sobre el planeta, ya que recientemente se han encontrado útiles rudimentarios de piedra en formaciones a las que la ciencia geológica asigna 500.000, o más, años de edad, y en tan prolongado espacio de tiempo, hasta hace unos 6000 años, en que adviene la edad de bronce, el progreso de esa humanidad pretérita se limitó a un perfeccionamiento en la forma y elaboración de esos útiles de piedra. Mas, se produjo algo más importante en esa etapa de la vida de la humanidad, y fue que en su transcurso, adquirió el hombre su conformación física y craneal completa y una mentalidad comparable a la del hombre actual, surgiendo así el *homo sapiens* de Lineo.

Ya así mejor armado el hombre, su progreso se acelera, y aparecen las primeras civilizaciones unos 3000 años antes de la era cristiana. Estas culminan, en el milenario que precedió a esa era, con el florecimiento de la cultura griega, fecha en que el hombre parece haber dado un salto en su desarrollo intelectual; siendo del caso anotar que los hombres cumbres de esa época: Homero, Fidias, Sócrates, Platón, Apolonio, Aristóteles, y tantos otros no han sido superados hasta el presente. Fenómeno éste que puede hacer sospechar que estamos en una etapa de receso en el desarrollo de las facultades de la personalidad humana.

Después del eclipse relativamente pasajero de la Edad Media, ocasionado por el decaimiento de la civilización Romana y la invasión de los bárbaros, reemprende, en la época del Renacimiento, la humanidad su marcha ascendente, y nos podemos dar cuenta del progreso alcanzado en las últimas centurias con solamente tomar nota de que apenas hace trescientos años, fecha en que terribles pestes azotaron Europa, eran condenados a muerte con tormento los enfermos, por acusárseles de ser los culpables de la existencia y de la propagación de la epidemia.

En los párrafos mencionados de su disertación el Dr. Smith ante el espectáculo de las calamidades que hoy afligen la humanidad exclama: que nada ha contribuido tanto a la perturbación de la moral del individuo y de la sociedad y a que se cometan los grandes crímenes que presenciamos en la actual guerra como el vertiginoso e incontenible progreso de la presente época. Mas, en este punto estoy de acuerdo con los pensadores que atribuyen el crimen de la guerra, o “el gran crimen colectivo”, como con tanta

propiedad se le ha denominado, a la supervivencia en el hombre actual del bruto primitivo, con su codicia, su iracundia y sus apetitos incontrolados, los que se sobreponen fácilmente a su débil racionalidad; de la que se sirve con demasiada frecuencia, y hasta inconscientemente, para disfrazar, o justificar, sus verdaderos móviles; siendo de observar que la prédica de la moral, en la que se ha confiado hasta hoy la humanidad, resulta ineficaz, porque ella no es acatada sino por los buenos, que no la necesitan.

No obstante todos esos hechos, que motivan el pesimismo del Dr. Smith, y de los filósofos y moralistas que comparten su opinión, no debemos perder la fe en un futuro mejor para la humanidad, porque, así como el hombre ha llegado a adquirir por su conocimiento de las ciencias de la naturaleza un dominio sobre esa naturaleza que le suministra hoy tantos elementos de bienestar y de cultura, es lo más creíble que llegue a adquirir también sobre su propio ser un conocimiento que le permita organizar su existencia y la de la sociedad en forma de evitar que se produzcan las situaciones y conflictos que no dejan otro camino para ser resueltos que el de las guerras, que nada remedian; pudiéndose llegar a la conclusión de que las perturbaciones y desgracias presentes se deben al atraso en que se encuentra la ciencia que más interesa a la humanidad, la ciencia del hombre, la cual, como lo afirma un filósofo moderno, está todavía en pañales.

Al terminar estas palabras debo expresar la especial satisfacción de la Academia en este momento en que, con tanta justicia, y con sobra de merecimientos, viene a ocupar asiento en ella el Dr. Alberto Smith.